

A black and white photograph of a man, likely a politician, smiling broadly. He is wearing a dark, pinstriped suit jacket over a white shirt and a dark tie. He is holding two handguns, one in each hand, pointing them towards the camera. The background is slightly out of focus, showing what appears to be a curtain or wall. The overall tone is one of confidence and power.

Fogwill

EN OTRO ORDEN DE COSAS

INTERZONA



Fogwill

## EN OTRO ORDEN DE COSAS



INTERZONA

## INTERZONA

---

Fogwill, Rodolfo Enrique

En otro orden de cosas. - 2a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2011.

176 p. ; 13x22 cm.

ISBN 978-987-1180-89-9

1. Narrativa Argentina . I. Título.

CDD A860

---

Fecha de catalogación: 11/10/2011

© Fogwill, 2001, 2008 y 2011

© interZona editora, 2008-2011

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Coordinación editorial: Mariel Mambretti

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Imagen de tapa: Latinstock Argentina

Armado y composición: Hugo Perez

Corrección: Wanda Zoberman

ISBN 978-987-1180-89-9

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*A Diego –Sagaz– Sigalevich, por su ajetreo eficaz*  
*A Norberto Wilner, por la convulsión exonerativa*  
*A Marcelo Siano, por los entornos permanentemente cambiantes*  
*A Elsa Usandizaga, por esa vaina de los 60*





Como si hubiese pocas historias, justo cuando llega el momento de callar, viene a agregarse otra.

Eso es lo bueno de las historias: su capacidad de multiplicarse, reproducirse y provocar nuevas, mientras la Historia se empecina en todo lo contrario.

Ahora recomiendan escribir novelas históricas: es un género. Habría que dominarlo. Debe tener sus propias reglas y requisitos que con toda probabilidad pocos podrán satisfacer.

En su origen, *En otro orden de cosas* respondía a otro plan. Ni siquiera pretendía ser una novela. Tal vez, ni siquiera sea una novela. Habría que desalentar cualquier intento de clasificarla, para que la crítica no dilapide un tiempo que merece mejores destinos.

Hay tanto por hacer y, sin embargo, se insiste en componer historias. No se trata de una división natural del trabajo. Si así fuera, tendríamos dos bandos complementarios: el de quienes cuentan y el de los otros, integrado por la suma de los que se someten a relatos y escuchan y los que, acertadamente, han resuelto atenerse a lo indispensable.

Pero nada es indispensable y todo llega a los hombres dispuesto bajo la forma de un relato o puesto al servicio de un relato mayor.

Sea una novela, un relato o un mero equívoco literario, la crónica que sigue, sigue durante doce años una penosa biografía, construida con la mezcla arbitraria de la biografía del autor, de otras que conoció y de la del propio personaje.

Siempre el resto es silencio, pero esta vez se ha tratado de evitarlo

a riesgo de decir demasiado y terminar diciendo nada. El resto sería el mundo, algo lleno de ruido frente al cual decir nada, o decirle ¡*Nada!*, empieza a vislumbrarse como un ideal de perfección. Justamente por ello no es hora de anunciarlo y se narra.

*Barcelona, enero de 2001*





Debió oír, ella:

—Se puede decir una mentira, decía Perón, pero no se puede hacer una mentira.

Pero no habló: hizo apenas un ruido diferente con los cajones de la cómoda. Venía haciendo ruido con sus cajones desde un rato antes y el nuevo ruido había cambiado el ritmo de los ruidos anteriores. Era más rápido o más lento, o era distinto porque ella había hecho sonar otra cosa: habría abierto o cerrado otro cajón, lo habría hecho con menor o mayor energía, o con mayor o menor esperanza de encontrar algo que tal vez estuviera buscando.

El nuevo ruido pudo significar que ella había escuchado, pero como seguía sin hablar, él insistió, preguntando:

—¿Sabés lo que decía Perón...? —y ahí se contuvo, porque los ruidos se interrumpieron, y ella, acercándose, lo miraba extender y levantar los brazos y fruncir la cara, como si para lograr una voz parecida a la del viejo ex presidente tuviese que representar los ademanes y la cara de otro, en este caso, la cara de un encandilado por el sol o la de alguien que se arrepiente al descubrir el gusto inesperadamente agrio de un líquido que acaba de apurar con mucha sed, de un trago.

Tal vez la voz sí, pero su cara al deformarse en nada se parecía a las imágenes conocidas de la cara de Perón.

—Decía Perón... —dijo él y enronqueció la voz—: “Se puede decir una mentira, pero no se puede hacer una mentira...”.

Al callar sintió el eco de una voz parecida a la suya y parecida a

la que impostan los políticos al citar frases de Perón que se disolvía en el aire de la pieza hasta apagarse con un efecto de falsedad contra la mirada incrédula de la mujer.

Por esas cejas, por los ojos y hasta por la dirección misma hacia donde apuntaba su nariz, imaginó que esa expresión no se refería a la frase. Como antes los ruidos de la cómoda, como otras veces sus largas permanencias frente al espejo, sentía que la incredulidad no se dirigía a Perón, ni al sentido de la frase de Perón, sino a él mismo: “Hacer así, mirarme siempre así —pensó—, es lo único que quiere ella de mí, es lo único que necesita de mí, ella”.

—¡No encuentro pilas...! —oyó la voz de la mujer que hablaba como para sí misma mientras volvía a agacharse junto a la cómoda.

Pensó en las baterías de la radio: ella se había conseguido un secador portátil para su pelo y buscar pilas, hacerse traer pilas, clasificar las pilas nuevas y las usadas del secador y combinarlas con las remanentes de la radio eran su nueva actividad. Oyó:

—¿Y Perón dónde escribió eso...?

—No sé —habló él contra un fondo de ruidos de cajones—, no lo escribió, lo dijo.

—¿Y vos cómo lo sabés...? —era la voz de ella retumbando contra un cajón vacío de la cómoda.

La miró. Inclínada hacia el cajón más bajo, solo le podía ver la mitad del cuerpo: la cadera derecha elevada, frotándose en el borde de la cómoda, la pierna blanca, iluminada. El rueda de la combinación parecía dispuesto deliberadamente para mostrar la mitad de esa pierna, ocultando la otra bajo brillantes pliegues que caían hasta casi tocar el suelo.

—Se lo escuché decir hace mucho a uno en el SUPE, el sindicato de petroleros...

—¡Al sindicato van nada más que los vagos que no quieren trabajar...! —habló ella y levantó la cabeza, sacudió el pelo y semigiró apareciendo bajo la luz de la lámpara con una batería en cada mano. Las mostraba, como si ese par de cilindros con letritas doradas impresas

fuesen, entre sus índices y sus pulgares, la prueba irrefutable de lo que terminaba de afirmar.

—Como nosotros... —dijo él—. ¿O acaso vos querés trabajar...?

—¡La radio! —ordenó ella y señaló hacia el costado del sillón.

Él la miró, no se movió, y la siguió mirando. Los labios de la mujer exageraron un soplido —suspiro resignado— mientras se abría paso entre la mesa y el sillón.

“Busca la radio”, calculó, reconociendo por el tejido sintético de la combinación que rozó su antebrazo que ella terminaba de pasar. Flotaba en el aire un perfume de flores maceradas: había cambiado, otra vez, su marca de champú.

—Es muy distinto —bajaba la voz de la mujer hacia el respaldo del sillón—, no trabajamos nosotros, pero nosotros no jodemos a nadie. Al sindicato van nada más que los que no quieren trabajar y joden a la gente... ¿Dónde hay más pilas? —volvía a preguntar.

“Nada más que... nada más que...” Retuvo la frase en su memoria con el sonido de la voz de ella, y pensó la frase “Nada más que” y en su memoria se repitieron esas palabras con el sonido de su propia voz, mientras evocaba la imagen de una bolsa de papel verde moviéndose entre formularios, recibos, circulares de un banco y documentos de identidad, todo tan real como si lo tuviese frente a sus ojos. Pudo reconocer la forma cilíndrica de las baterías tensando el papel y pudo casi sentir el tacto del papel y verificar contra sus yemas la presencia de unos cuerpos cilíndricos y duros.

Y con la misma sensación en sus dedos y con la imagen verde del envoltorio ocultándose y reapareciendo entre sobres y papeles plegados, se sintió a punto de repetir en tono muy bajo, para que ella no alcanzase a escucharlo, la frase “Nada más que, nada más que...”. Después, dijo como ordenando:

—En el cajón de los papeles, en el placard...

Y la sombra de la mujer se desplazó dejando una región iluminada en el suelo y su cuerpo, de espaldas, quedó enmarcado entre las puertas del placard, que al abrirse abanicaron una atmósfera distinta: llegó

primero un aura de perfume de mujer mezclado con olor a lavandería, o a mesa de planchar, y sobre esos olores predominó después el aroma de las esencias florales del vaporizador antipolillas.

—¡Seis pilas nuevas...!

Era, muy clara, la voz de la mujer. Había acentuado el sonido *i* de la palabra *pilas* y el tono agudo de esa sílaba se extendió hasta el final de la palabra “nuevas” y pareció reflejarse en la cara de ella cuando, en un movimiento continuo, cerró las puertas del placard y se volvió hacia él, sonriendo.

El olor a flores no terminaba de disiparse, la sombra había vuelto a desplazarse por el piso y cinco pilas habían rodado sobre la cama. El papel verde, hecho una bola, cayó junto a la almohada y después la última pila dio contra el mango del secador, produciendo un ruidito mecánico.

La mujer se arrodilló junto a la cama, levantó el secador con una mano y, señalándolo con la otra, preguntó:

—Si para hacer una película y filmar una escena de guerra hacen un barco de cartón y lo hunden en un piletón, ¿es verdadero o es falso el barco...?

—Falso —dijo él y calculó que no habría más de tres baterías con carga suficiente para la radio.

—Entonces, si hicieron un barco falso, hicieron una mentira, quiere decir que se puede hacer una mentira. ¿No es cierto?

—No... —dijo él—. No hicieron una mentira, hicieron una maqueta... La maqueta es verdadera... Si vos decís —dijo él al tiempo que ella, señalándose una oreja con el secador, indicó que lo escuchaba mientras se ponía de pie y empezaba a secarse el pelo—, si vos decís que la maqueta es un verdadero barco, decís mentira, pero la maqueta no es una mentira.

—Si vos decís —habló ella, imitándolo— que la maqueta es un falso barco, decís que no es un barco verdadero, entonces quiere decir que hiciste un barco que no era verdad, lo que quiere decir que hiciste una mentira...

Hacía ademanes con el secador. Un par de veces, mientras hablaba, hizo variar la velocidad de la turbina, como para subrayar sus frases con el zumbido del aparato o con la intensidad de la corriente de aire caliente que levantaba mechones de pelo y los dejaba ingravidos, flotando por momentos sobre sus hombros. Lo miraba. Seguía sonriendo. Volvía a preguntar:

—¿O no es cierto? —debía sentirse o simulaba estar sintiéndose victoriosa. Insistía—: ¿O no es cierto que si hiciste un barco falso hiciste una mentira...? ¿O es que hay algo falso que no sea mentira?

Seguía preguntando, cada vez con mayor seguridad. Sonreía, miraba en el espejo los movimientos de su pelo, y después volvía a mirarse y volvía a sonreír. Él sintió un impulso por argumentar, pero prefirió seguir con la mirada el movimiento del pelo sobre los hombros imaginando que reproducía el ritmo de sus palabras y las variaciones de la corriente de aire recalentado, que rebotaba contra la cara a veces, contra los hombros y la nuca otras, y por instantes se derramaba contra el espejo para perderse en el aire templado de la pieza.

No era fácil imaginar lo que ella debía estar sintiendo mientras hablaba en dirección a su propia imagen en el espejo, pero seguía secándose y argumentando. Repetía las mismas frases y las mismas preguntas con mínimas alteraciones de la tonalidad y el orden de una que otra palabra dentro de la frase. Sin interrumpirla —porque ella seguía hablando y mirándose al espejo—, intentó afirmar:

—Las mentiras se dicen, sólo se pueden decir. Las cosas que se hacen son hechos y no son ni verdades ni mentiras.

El aire cálido del secador le llegó de repente. Traía el aroma de la nueva marca de champú. Raro: mezcla tal vez de imitaciones de olores a hierba y a raíces, pero destacado sobre un fondo pleno de manzanilla. Ella hablaba de una mano ortopédica y decía que las pelucas y los dientes postizos eran *mentiras hechas* y no *mentiras dichas*. Después apagó el secador, cesó el zumbido, dejaron de flaquear los mechones de pelo, y se escuchó:

—¡Yo en cambio, sí, yo de verdad tengo el pelo hecho mierda y no encuentro una crema de enjuague que me sirva...! —volvió a mirar su cara en el espejo, volvió a parecer contenta, o satisfecha, y agregó—: Eso que vos decís es lo mismo que decís que decía Perón, pero la única verdad es que Perón, cuando estaba en el gobierno, se afanó todo lo que pudo, y que ahora está en España disfrutando todo lo que se afanó y ni piensa en volver, porque cuando estaba en el gobierno se afanó todo lo que pudo.



1972

Cómo fue a dar allí, por qué acabó enredándose con ella, son preguntas que sólo destrabando lo que fue su vida podría responder.

Visto desde el presente, que será el futuro de esta página, cualquier instante parece estar saliendo de un instante previo, anterior. Pero ¿no les sucede así a todos los humanos, a la gente? Entonces ¿por qué pararse a comparar su vida con la vida de todos los humanos?

—Basta la tuya —decía ella.

—¡Basta, che...! —solía contestar él, tratando de eludir aquellos diálogos imposibles.

Qué estupidez: rememorando, citando y reproduciendo aquellos diálogos inasibles apenas alcanzaría a mostrar el pedazo del mundo donde acabó enredándose.

El peronismo, su interminable *pero*, su bárbara amalgama de ruidos que por un instante brotan de un fondo gris para abultarse y titilar por otro instante, también tuvo mucho que ver. Pero períodos así no empujan a cualquiera. Pero él, igualmente, jamás habría alcanzado una razón mejor: ahora lo nota bien, pero en aquella época no tenía medios para notar ni eso, ni nada.

Nada: solamente podía nadar en esa fofa nada, en esa sosa necesidad de todo, y hasta llamarla *libertad*.

—Libertad, vieja... —decía él.

—¡Qué libertad ni mierda...! —solía protestar ella, tal vez rechazando algo que él habría intentado decir, o protestando porque había vuelto a llamarla *vieja*.

Y en eso sí tenía razón. ¿Qué libertad? ¿La libertad era aquel

mazo de dólares, los famosos dólares, esa ilusión indigerible? Aunque no: no había otra manera de acotar esa palabra abstracta: libertad-dolores-dólares-mazo oloroso del perfume amarillo de la cartera de ella.

Ahora lo huele igual que antes. Pero entonces él no podía notar ni eso, ni nada. Ni el peronismo, ni el enervante *pero* de aquella espera de diecisiete años. Porque era su propia vida ese gran pero, o porque su vida se había vuelto una insistente disyunción que titilaba y se abultaba por un momento, y después ascendía para dejarse flotar en la papa viscosa –indigerible– de un orden aparente compuesto de órdenes, marchas y sacudones que acompañaban su flotar en la trama vidriosa donde volvía a enredarse con ella como un punto final de todo. Punto de origen de ninguna cosa.

Entre esos hilos creía ver. Entre esos hilos bastaba cerrar los ojos para creer ver y volver a sentir las viejas ganas de desaparecer y saltar esa página. Pero sólo eran ganas: nunca saltó, nunca intentó. Acarició sus ganas como si hubieran sido pérdidas del aire que contenía en su garganta cada vez que alentaba la ilusión de salir.

Salir: otro imposible.

Sería más fácil desplazar el ojo para dejarlo recorrer la napa chirle de las imágenes: las cosas, los pedazos de mundo que sustituyen colecciones de otros fragmentos minúsculos del mundo y representan todo el mundo si desfilan en orden y se los mira con confianza, dejándose llevar por la ilusión de que son el mundo. Lo que se toca, lo que se respira y se va marcando por el frote con uno mismo, eso es el mundo, la realidad.

“La única verdad”, decía el hombre y en eso, como en todo, supo empeñarse: tampoco él logró zafar, ni saltar por encima de lo suyo.

Y de esta historia, salir siempre le pareció muy fácil. Quiso saltar, imaginó saltar y la misma idea de saltar se agregó a tantas más que lo atrapaban ahí, con ella, ambos, juntos, dejándose llevar.



Porque estaban adheridos a eso. Era como el que intenta poner en marcha un auto viejo y –claro– pronto reconoce que no será posible reparar nada, pero ya con las manos untadas de grasa, la cara tiznada de mugre, los ojos turbios por los hollines del motor, la cabeza ofuscada y la respiración entorpecida por el esfuerzo, o por la rabia, persevera hurgando, tocando todo, volviendo a tocar todo otra vez más, y volviendo a recorrer esos enigmas de metal hasta encontrarse con una pieza oxidada entre los dedos sin decidir dónde insertarla porque el motor es pura opacidad de acero y roña: una expresión mecánica de la derrota definitiva de toda su vida.

Recuerda: a veces ella hablaba desde su silloncito y la escuchaba hablar recostado en la cama. Después hablaba él y ella oía, o escuchaba. Se veían. Mirar cómo movían las manos y un poco las cabezas al hablar los ayudaba a reconocer lo que siempre se estaban repitiendo.

Tiempo después, cuando se llevaron el silloncito y dialogaban recostados sobre la cama no era tan fácil verse –faltaba perspectiva– y él miraba el cielo raso y, si uno de ellos fumaba, mientras corrían las palabras por los espacios libres de la pieza, veía subir el humo, sabiendo que ella estaría siguiendo con sus sentidos las mismas frases, el mismo humo, una percepción mutua: una suerte de sincronía entre los dos.

Recuerda: pasaban horas diferentes y repetían las mismas cosas. El humo, siempre cambiante, terminaba pareciéndole el mismo: siempre uno de los dos hablando, siempre uno de los dos fumando.

Y ahora puede ver aquel humo tan nítido como si él estuviese allí, o ella aquí, soltando una espiral abstracta idéntica a las variables espirales que diez mil veces habrán salido de sus bocas.

Recuerda. Ella preguntaba:

—¿Cómo se dirá *Ginastera* en ruso?

Y empezaban sus charlas bajo el humo, mientras lejos habría gente leyendo, interpretando música, manejando camiones, fabricando los mismos cigarrillos que fumaban y planificando el humo que miraban cuando uno de los dos prendía un cigarrillo, o insinuaba:

—¿El calor ocupa lugar...?

No puede recordar si alguna vez, oyéndola, mirando el techo entre las nubecitas de humo, anticipaba que llegaría a evocar aquel tiempo como algo distinto de sí, tan exterior, en perspectiva, lejano y verdadero, nítido y alejándose.

Así es ahora: lejano y alejándose. El humo, ella, los temas y los objetos que los rodeaban y las palabras que rebotaban entre techo y paredes para caer de a poco sobre las mantas, la alfombra, la ropa del placard entreabierto, todas cosas colgantes y que también componían el mundo.

Y ni siquiera parece un sueño. Parece un hecho, como el tubo de plástico de la birome que aprieta entre los dedos al escribir. Ese prisma hexagonal que termina en una bolilla mal entintada: ¿es un hecho?

Entre los dedos, como todo esto en su memoria. Por horas, el tubito va de izquierda a derecha, la punta sube, baja, tiembla, remolonea sobre el papel y va drenando un hilo azul sobre las líneas grises.

Lo ve moverse en el espejo, entre sus dedos amarillos, mientras oye su ruido insignificante. En algún punto del largo prisma estará el centro de rotación, ese punto invariable que permanece quieto mientras la punta recorre el círculo de una *o* o salta para trazar una línea sobre la letra *t*. Si persigue su imagen en el espejo, los movimientos de los dedos, la misma mano y los círculos y las rayitas interrumpidas parecen cada vez más artificiales, compuestos por una misma sustancia pastosa.

Pero sólo existen mientras son una sombra que pasa de derecha a izquierda tras el espejo. Si la mira, ve su mano, el papel, las letras invertidas, el cenicero, la foto de una mujer con la cara de ella, y

## ÍNDICE

PRÓLOGO 9

1971 11

1972 17

1973 37

1974 43

1975 51

1976 61

1977 67

1978 83

1979 99

1980 131

1981 153

1982 161

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA